

MOTONETA

Martín Vallejos

COLECTIVO
CONTRAMAR

Vallejos, Martín

Motoneta. La ciudad es tuya / Martín Vallejos ; Nicolás Gelmini Juri. - 1a ed. - La Plata : Contramar, 2016.

52 p. ; 17 x 12 cm. - (Narrativa ; 1)

ISBN 978-987-46408-0-2

1. Narrativa Argentina. I. Gelmini Juri, Nicolás II. Título
CDD A863

Colección Narrativa. Dirigida por Nicolás Gelmini Juri.

Diseño de portada: Colectivo Contramar y Estudio Z
zetaestudio.tumblr.com

z.estudiografico@gmail.com



Ilustración de portada: “Caucho Cross”, por Stencil Land.
flickr.com/stencilland

Colectivo Contramar

colectivocontramar.wordpress.com

colectivocontramar@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723

Impreso en Argentina

Martín Vallejos (1987) apareció primero en Trelaw y después se fue moviendo. Integra Colectivo Contramar y viene publicando artículos en revistas independientes. Le ha ido poniendo el cuerpo a distintas experiencias relacionadas con la amistad y la exploración: grupos de lectura, autogestión de espacios culturales, tomas de universidades, viajes. Y en eso está al momento de publicarse este libro: en medio de un viaje largo por América Latina. *Motoneta* es uno de sus rastros sobre el pavimento.

Motoneta

No importan demasiado las razones, pero para los fanáticos podemos aclarar que lo hizo por una pelea con su padre. Esto entraría dentro del tipo “razones psicológicas”, y todo lo que podemos hacer a favor de los fanáticos de explicar los actos por sus razones es resaltar el tipo de razón antes que La Razón. Porque aún para los fanáticos de encontrar las razones de los actos hay pasiones inexplicables, como su propio fanatismo. ¿Cómo se explica lo que aquí vamos a contar? ¿Cómo se explica la génesis de un apodo, cómo se explica que un amor por un pedazo de hierro dé un vuelco a una vida? Quizás alcance con contarlo. A veces las cosas se explican por sí mismas.

Motoneta tenía entonces doce años, y no era aún el Loco Motoneta. Era Juan, el único hijo de Osvaldo. Era también el menor de la cuadra, el que había largado la escuela antes de terminar sexto grado y había rechazado

quedarse laburando con su viejo porque sabía que era un cabrón y que tenerlo todo el día mandoneándolo sólo aceleraría el desenlace más previsible: la pelea con su padre, el abandono del hogar. Pero ya a los doce años Juan tenía claro su objetivo y no podía permitirse perder el techo tan rápido. Así que apenas dejó la escuela habló con el Checho, vecino de la cuadra, y se fue a trabajar con él al taller. Fue cosa de unos meses que se volviera un experto en motos. Antes de cumplir un año trabajando con las motos ya se había armado una para él: era bastante fea, pero todos en el taller reconocían que era increíble que hubiera sacado esa máquina de un motor 80cc de un ciclomotor que estaba tirado en el patio esperando que lo tragaran las babas del gomero. Juan había conseguido el caño, había trabajado de noche soldando y puliendo la estructura, y había montado el motor sin gastar un peso. Nunca quiso explicarle a nadie cuál había sido su secreto para potenciar el motor. Cuando tuviera su taller propio vendrían de todos los barrios a traerle motos para potenciar. Y él cobraría lo

que quisiera, emplearía a quien quisiera y tendría todas las motos que quisiera.

A partir de ese momento Juan se convirtió en “el Mago Motoneta”. Como nadie podía entender qué era lo que había hecho con ese viejo motor 80cc con el que ganaba todas las carreras que hacían de noche en la Av. Vélez Sarfield bien cerquita del Riachuelo, como él mismo guardaba el secreto como el mítico ilusionista Gastón D’Anviers, el barrio tomó el atajo y lo calificó de magia. Cuando cumplió los 13 apareció el Cuki Ferreyra y con la plata del ascenso a sargento le compró la 80cc. Ese fue el principio de una carrera sostenida de máquina en máquina. Con la plata del Cuki se compró una Yamaha que estaba clavada en el taller porque el dueño no había llegado nunca a juntar la plata del arreglo. La levantó, la potenció, ganó carreras y la vendió haciendo una buena diferencia. Hizo un par de operaciones parecidas y saltó a su primera Honda, una motocross que –como todo amor intenso– lo dejaría en las puertas de una nueva vida.

El Mago era un pibe menudito, flaco y si bien no muy petizo para su edad, sí para los ámbitos que frecuentaba. Con su metro sesenta y cinco y sus cincuenta y dos kilos, montado sobre la cross era como un jockey en un potro extraño y asombrosamente veloz. La moto era una cosa rarísima: una XR 350, una maravilla que sólo se fabricó entre 1983 y 1985 y que el Mago le compró a un mendocino recién llegado a Capital, que necesitaba el billete y había oído hablar ya en Mendoza de este muchachito de oro que hacía magia con las máquinas de dos ruedas. No se la habría vendido a cualquiera, el Menduca; si al Mago le costó desprenderse de ella, para este tipo que se había venido desde Mendoza en ella, que había corrido y ganado infinitas carreras en los agrestes circuitos mendocinos, y que ahora la tenía que soltar y dejar ir en medio del asfalto y la mugre porteñas, el mejor consuelo era vendérsela a este fenómeno del que tanto había escuchado hablar. Lo ubicó en el taller, pero el Mago le dijo que se pasara por las carreras: la quería probar en donde se ven los

pingos. Dos noches después apareció el Menduca en la esquina de California y Velez Sarfield con esa joyita extraña, rojo 80's con guardabarros amarillos y una luz chiquita y rectangular en plástico azul que le daba una apariencia infantil. Los pibes la miraron y lo trataron de mentiroso: la XR era, o bien chica (50, 70, 80 o 100cc), o 600; a lo sumo podría haber llegado con una 400 que como buen mendocino hubiera traído de Chile, importada desde Japón. Pero al Mago no le importaban los catálogos. La máquina estaba en perfecto estado, y ese rojo y ese amarillo eran originales de acá a Japón, no había dudas de que era un modelo que desconocían, y sólo era cuestión de probarla. En ese momento él montaba una Yamaha de las primeras 250 que entraban al país. La estaba haciendo desear a varios, esperando una oferta importante mientras disfrutaba comiéndose la cancha cada noche. Había juntado buena plata y no estaba urgido, aunque sabía que si seguía sin venderla se acostumbraría y se empezaría a poner fanfarrón. Como no quería quedar como un

boludo, estaba esperando el momento para cambiarla. Desafió al Menduca a una carrera de 100mts. El otro se negó un par de veces, acusando que no era su terreno, que él corría en montaña y ahí en el asfalto no tenía chances. Pero el Mago fue claro: o corrés, o te ponés a repartir pizzas con la moto, le dijo.

Fue una carrera inolvidable, para los que la vieron y para los que la corrieron. El Mago solía probar las motos en la cancha, pero siempre corriéndolas él mismo. No tenía idea de por qué esta vez había querido hacerlo así, pero se lo notaba seguro y confiado. Salieron juntísimos y no se despegaron un milímetro. El Mago iba con la vista clavada en la XR. Miraba saltar los cambios, miraba bajar la amortiguación, miraba la masa rodando al palo, miraba todo junto y nadie sabía qué carajo era lo que miraba. El Menduca pensó que estaba loco, pero él miró todo el tiempo adelante. Seguían acelerando, pasando los 80 km/h, los 100, los 120, y el Mago sin casco y con la vista clavada en la XR. Lo que el Menduca no sabía era que el Mago

tenía la pista adentro, que no necesitaba mirar, y que si iban pegados sin separarse un milímetro era sólo porque él estaba regulando su velocidad para ir a la par. El Menduca quiso meter un sprint final y se despegó. El Mago sonrió maravillado mientras lo seguía con la cabeza: esa moto iba a ser suya. Aceleró, lo pasó y le comió dos metros antes de la llegada. Los pibes estaban eufóricos. El Menduca le rogó que fuera él, que no quería vendérsela a nadie más, que sólo él en su locura podía entender esa joya. Hicieron un trato justo, y dos noches después el Mago corría con la XR.

El de la XR fue un amor de nuevo tipo para el Mago, de esos en los que uno se pierde, se deja ir por completo, y que a menudo nos llevan tan lejos como sea posible sólo para abandonarnos allí y obligarnos a reencontrarnos solos el camino, un camino. Con ella no se animaba a hacer cambios tan fácilmente. La respetaba, le respetaba su integridad, su forma, su coherencia. Fue con la primera moto que se puso a estudiar. No conseguía manuales de despiece en español. Lo

único que consiguió fue una infografía desplegable en japonés que leyó con la ayuda de un cliente del taller, el Japo Kurosawa. El Japo tenía una tintorería en Congreso y cada tanto llevaba al taller su furgoncito de reparto, una Mitsubishi tipo pan lactal modelo '81, para que lo ayudaran con algún cambio de cilindros o alguna otra pavadada por el estilo, y siempre quedaba reservada al Mago -que se maravillaba con ese furgon que llevaba un motor casi de moto, de tan solo 500cc, guardado debajo del asiento delantero. Pasaron varios días trabajando entre el aire pesado de vapor y perfume de la tintorería para lograr una traducción precisa. Con esa infografía empezó a meter mano. Lo que más trabajo le costó regular fue la amortiguación. Era una clave para potenciar la velocidad y aceleración de una moto cross, pero el Mago estaba acostumbrado a motos casi invertebradas, y este bicho tenía un segmento trasero como de escorpión, además de que los amortiguadores delanteros eran el doble de largos y mucho más complejos que cualquiera que hubiera tocado an-

tes. De a poco se fue soltando, y con el mismo respeto y el mismo amor empezó a tocar el motor. En su casa estaban preocupados. En los últimos meses Juan nunca estaba para cenar, y muchas veces no volvía del taller y se iba directo a las carreras. Pero desde que había logrado traducir la infografía, a veces se pasaba tarde y noche estudiándola, haciendo diagramas, tomando notas, y salía de improviso a las 5 de la mañana para el taller a aplicar todo lo que había estado pensando, calculando e inventando. En la cancha también estaban asombrados. Parecía que disfrutaba más pasar el tiempo con la moto que corriendo. Y sin embargo, ahora que no aparecía todas las noches, cada vez que aparecía era una fiesta. En primer lugar, porque todos disfrutaban de verlo y hablar con él de sus motos; varios preparaban sus máquinas sólo pensando en correr contra él. Pero también eran festejos sus apariciones porque cada nueva carrera bajaba más aún los tiempos. Nadie entendía qué estaba haciendo con esa moto, pero cada nueva noche volaba más veloz.

El Mago estaba por cumplir los catorce años y parecía un tipo que llegaba a su madurez. Era una institución en la pista, y en la casa y en el trabajo lo respetaban por la pasión con la que se entregaba al estudio y el trabajo sobre los motores. Los pibes del barrio, siempre mayores que él, lo pasaban a ver por la casa para pedirle consejos o contarle cosas sobre sus motos o sobre la pista. Los atendía siempre la madre, orgullosa de cortar su trajín doméstico para atender a lo que veía como “la clientela” de su joyita; los hacía esperar en la puerta y al rato aparecía el Mago, parsimonioso y siempre dispuesto a escuchar mientras fumaba su tabaco. Una tarde pasó el Mono, a eso de las ocho. Parecía preocupado. La madre del Mago quiso saber de qué se trataba pero el Mono le dijo que lo quería hablar directamente con él. Cuando estuvo con el Mago le largó todo de un tirón. Había aparecido un mexicano en la pista. Había estado yendo, hablando poco, escuchando mucho. Parecía buen tipo. Decía tener una moto muy linda, pero quería conocer la movida

antes y saber si le daba para correr. A la tercera noche había caído con una Honda XR 600. Había corrido y ganado cuatro noches seguidas. “Se está comiendo la cancha, Mago. Tiene una como la tuya pero el doble de potencia. Nos está haciendo quedar como giles”.

Esa misma noche se dio una vuelta por la cancha y habló con el mexicano, que estaba encantado de conocerlo. “No, contra ti no me animo”, le dijo el mexicano. El Mago le explicó entonces que no había nada que temer, y que si quería seguir corriendo en la cancha debía correr contra cualquiera, y él era tan cualquiera como cualquiera. Quedaron para dos noches después. La carrera fue fácil. Desde la largada el Mago se dio cuenta que el mexicano no sabía correr. Le sacó unos treinta metros con 250cc menos de cilindrada, y aún así el mexicano estaba feliz. Se sacó el casco riéndose, y se acercó al Mago, que aún no se bajaba de la moto. Lo felicitó, le dijo que había sido un placer correr contra él y su máquina, y le tiró adelante de todos el verdadero desafío de la noche: quería

comprarle la XR, ofrecía su XR 600 y 40.000 pesos. El murmullo de los pibes fue inmediato. Al Mago se le borró la satisfacción de la cara. Los latidos del corazón lo aturdieron, tapándole el murmullo de alrededor, y cayó hacia atrás. Despertó con la sonrisa del mexicano flotando en el aire y poco a poco fue apareciendo la cara entera, llena de esa grosera alegría, el círculo que los pibes habían formado a su alrededor, y su moto, fiel, a un costado. Se incorporó, dijo que lo iba a pensar, se subió a la moto y se fue dejándolo todo atrás. El corazón seguía latiéndole fuerte, pero cuando puso tercera dejó de pensar.

Al otro día fue a trabajar como si nada. Estaba decidido a no pensarlo. El mexicano estaba loco: o bien deliraba o lo estaba delirando a él. Pero su cabeza no quería parar, y por más que intentó aplicarse, a lo largo de la mañana cometió varios errores estúpidos que lo sacaron de quicio rápidamente. Hacia el mediodía el Checho lo llamó aparte y le dijo que se tomara el día. “No quiero”, le respondió el Mago. “No me im-

porta, lo que pasó anoche no es moco, tenés que tomar una decisión”. Salió y se fumó un cigarro en la vereda. Era mucha plata. Con los 40.000 y otros 20.000 que le podía sacar a la 600 podía mudarse solo... o quizás hasta ponerse un taller. Pero, ¿qué sentido tenía todo esto si él cumpliría catorce años al otro día? ¿Qué clase de opciones eran esas para un pibe de catorce años? Y al mismo tiempo, ¿no era lo que siempre había querido? Era como si se hubiera subido a una moto sin frenos.

Se fue a su casa y durmió hasta el otro día. Era su cumpleaños, pero no quería salir de la cama. Al mediodía entró su madre al cuarto y le preguntó si estaba bien. “Sí, pero no quiero ir a trabajar”, le dijo él. “Está bien, hablé con el Checho y dijo que te tomes y el día y todos los que necesites”, le respondió ella cariñosamente. Lo miraba raro, enternecida, con la misma cara que tenía el día que fueron al sanatorio a ver a la bebé de su primo Ariel. “¿Qué pasa, mamá?”. “Nada. Tu papá no fue a trabajar tampoco, quiere hablar con vos”. Maldito barrio, pensó el Mago, todo lo sabe, todo lo ve. Se

levantó, se vistió, y caminó perezoso hasta el comedor, donde su papá miraba televisión. Su madre, parada en el pasillo, lo siguió con esa mirada angelical. El padre lo saludó y lo felicitó por su cumpleaños.

–Sentáte –le dijo–, quiero hablar con vos. ¿Qué es esa historia del mexicano ese?

–Me quiere comprar la moto–, se limitó a decir Juan.

–Ya sé, te ofreció cuarenta lucas.

–Y una XR 600–, acotó Juan.

–¿Y qué?

–No sé.

–¿Qué no sabés, qué carajo te pasa, Juan?– el padre siempre perdía la paciencia más pronto que tarde. De todos modos, el Mago estaba acostumbrado y toleraba sus insultos con la misma parsimonia con la que escuchaba a sus compañeros en la pista hablar de sus motos.

–Lo tengo que pensar.

–¿Pensar? ¿Vos sabés cómo me mato trabajando cada día por dos mil pesos de porquería al mes? ¿Y vos lo tenés que pensar? ¿Qué mierda te pasa, Juan? ¡Es una moto, no una mina!

–No entendés nada, papá, estás diciendo estupideces.

Y ahí el padre estalló:

–Mirá pendejo, hace catorce años que te cuido y que vivís gracias a mí; si vas a seguir viviendo en mi casa me vas a respetar y obedecer. ¡Vendés esa moto y te dejás de romper las pelotas!-

Juan se levantó y amagó con meterse en el cuarto de nuevo pero el padre lo siguió, lo agarró del hombro y lo encerró contra la pared trabándole el cuello con el antebrazo. La madre lloraba y gritaba, histérica. Juan miró al padre con asco, desafiante: “dale, pegá”, le dijo, “pegáme así nos acordamos todos los cumpleaños”. El viejo lo miró con una furia que le ardió en el

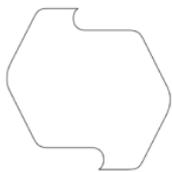
fondo del cráneo y le ahuecó el corazón: “no hace falta pegarte, si no vendés la moto no te gastes en volver”. Lo soltó y salió furioso de la casa.

Juan salió detrás de él. Se subió a la moto y aceleró. Aceleró y aceleró y pronto se dio cuenta que había dejado de llorar, sólo que nunca se había dado cuenta de que había empezado. Siguió acelerando más y más, sintiendo el motor vibrar entre sus piernas, elástico en cada cambio, en cada rebaje con los que se fue acomodando entre los autos. Los conductores lo miraban fascinados, algunos le abrían paso, otros lo trataban de encerrar para sonreír luego cuando los pasaba. Él no miraba atrás, apenas hacia los costados, siempre adelante. La suya era una visión periférica perfecta. Identificaba doscientos metros antes el resquicio por donde pasaría en menos de diez segundos, y se lanzaba suelto y solo hacia allí. Todo se movía a su alrededor, todo fluía pero él fluía más rápido aún. Era como un canal rápido serpenteando en el torrente de la avenida Entre Ríos. Pronto cruzó delante del Congreso y supo

más o menos hacia dónde iba. Siguió acelerando y sintiendo esa plasticidad metálica entre sus rodillas que apretaban y dilataban con el motor, con la calle y con el tránsito que fluía sólo para él, con él. Él y la XR eran una sola cosa con la avenida y con todos los conductores, ineptos y expertos, con los peatones, los ciclistas y los demás motociclistas. Apenas reconocía colores, todo fluía celeste y plateado, todo pasaba veloz y no había nada más que hacer que estar allí moviéndose. Llegó a Libertador sin parar en un solo semáforo. Tomó Figueroa Alcorta y se dirigió hacia el río.

Paró frente al aeropuerto. Bajó de la moto, cruzó la Costanera y metió una ficha en uno de los teléfonos públicos de la entrada de Aeroparque. Preguntó por el mexicano. “¿Quién le habla?”, preguntó una joven voz de mujer. “El Loco Motoneta”, respondió sin saber por qué. El mexicano se puso al teléfono. “Es tuya”, le dijo. Cortó y llamó a su casa. Mientras esperaba que atendieran miraba el reflejo del sol sobre el río. Era esa hora perfecta del mediodía en que el río

brilla plateado. Su mente funcionaba más rápido que su capacidad de registro, y al mismo tiempo sentía un sociego casi oriental. Con la vista clavada en el brillo del agua pensó que nunca había visto ponerse el sol en otro lugar que esta maldita ciudad. Una imagen flotó por segundos en su mente alucinada por la velocidad: se veía a sí mismo montado en una moto cualquiera en una ruta con rumbo norte, el sol cayendo a su izquierda en un movimiento perpetuo y siempre renovado de paisajes cambiantes. Sobre ese fondo otra idea se abrió paso: el sol no se había movido un milímetro desde que se había subido a la moto. El tono urgente de la madre al otro lado de la línea rompió el clima. “Estoy en el aeropuerto”. “¿Cómo en el aeropuerto, Juan?! ¡Estás loco! ¡Te fuiste hace siete minutos!”. Al Loco Motoneta se le dibujó una sonrisa macabra. Nunca había podido bajar de los 13 minutos para ese recorrido. La madre lloraba, desesperada, y tuvo que calmarla con palabras dulces antes de decirle lo que ya ambos sabían: “No voy a volver”.



colectivocontramar.wordpress.com
colectivocontramar@gmail.com